

Pedro Cerezo Galán. *Las muchas almas de Menéndez Pelayo. Actualidad e in-actualidad de su pensamiento*. Santander, Ediciones Tantín, 2019, 382 pp.

Recurrentemente, durante los últimos cuarenta años vienen pidiendo la palabra en el ágora del pensamiento español estudios y ensayos referidos a la obra de Marcelino Menéndez Pelayo. La gran mayoría, por no decir todos, están tratando de restablecer la auténtica imagen de uno de los personajes más fecundos y honestos que se pueden encontrar en la crítica histórica, literaria y filosófica en Lengua Castellana. Este nuevo ciclo pelayista, del que fueron precedentes las relecturas de la obra pelayana de Pedro Laín en 1949 y de Pedro Saiz Rodríguez en 1975,¹ se abrió paso definitivamente con los estudios promovidos en la década de los 80 del pasado siglo por Ciriaco Morón y Marta Campomar.² Tras ellos, sobre todo en el año 2012 con ocasión del centenario del fallecimiento de Menéndez Pelayo, se han sumado a la recuperación del maestro santanderino una veintena larga de títulos y autores, que llegan prácticamente hasta hoy. Como toda obra humana la de Menéndez Pelayo, sin duda tiene elementos criticables, pero la distorsión y manipulación interesada de su significado y alcance ha sido tan injusta, que los más lúcidos estudiosos del influjo de la modernidad en la cultura hispánica no pueden dejar de volver a ella para reivindicar su valor.

Uno de tales estudiosos es el filósofo Pedro Cerezo Galán, prestigioso profesor y académico, que dedicó en 2019 un libro a Menéndez Pelayo publicado por la editorial Tantín bajo la dirección de Gerardo Bolado y con el título *Las muchas almas de Marcelino Menéndez Pelayo, actualidad e inactualidad de su pensamiento*. Se recopilaron en sus páginas seis estudios breves, ponencias y artículos sobre la obra y la personalidad pelayana, dispersos por revistas e introducciones varias publicadas entre los años 2005 y 2012.³ A tal conjunto se le añadió, a modo de reflexión propedéutica, una semblanza intelectual de Menéndez Pelayo en donde se resaltaba la importante evolución de su pensamiento dentro del mantenimiento de la adscripción religiosa, unidad de estilo y de disposición intelectual que

¹ Laín Entralgo, P. (1949). *España como problema. Desde la polémica sobre la ciencia española hasta la generación del 98*. Vol. I. Madrid, Ed. Escelicer.

Saiz Rodríguez, P. (1975). *Menéndez Pelayo ese desconocido*. Madrid, Fundación Universitaria Española.

² Morón C.; Revuelta, M.; Sanemeterio, M. (ed.) (1983). *Menéndez Pelayo. Hacia una nueva imagen*. Santander, Sociedad Menéndez Pelayo.

Campomar Fornieles, M. (1984). *La cuestión religiosa en la Restauración: Historia de los heterodoxos españoles*. Santander, Sociedad Menéndez Pelayo.

³ Los estudios llevan los siguientes títulos: *Actitud y estilo mental de Menéndez Pelayo; Ecos de la polémica sobre "la ciencia española"; Menéndez Pelayo y la "herejía liberal"; El Renacimiento, espejo de nuestra grandeza; El vivismo de Menéndez Pelayo en la dialéctica tradición-modernidad; Menéndez Pelayo ante la Estética alemana del s. XIX; Menéndez Pelayo en la crisis nihilista de fin de siglo*.

siempre mantuvo en su producción. Quien lea esa semblanza de apertura bien provisto con conocimientos filosóficos, podrá bucear además en el ejercicio de comprensión o hermenéutica al que Pedro Cerezo induce en los demás capítulos de su libro. En este año de 2023 y como si de una orteguiana *Redención de las provincias* se tratara, la recientemente creada *Sociedad cántabra de historiadores de la filosofía española*, ha involucrado a Pedro Cerezo en la vida intelectual de La Montaña nombrándolo socio de honor. Aunque sólo fuera por esta circunstancia parece oportuno referirse aquí y ahora ese libro.

No ya por la procedencia intelectual y académica de Pedro Cerezo, sino por el mismo proceso analítico que despliega el conjunto de la obra pelayana, los estudios que se presentan en el libro aludido son de carácter histórico-filosófico y sólo tangencialmente se refieren a los aspectos estrictamente literarios de aquella obra. No es que a éstos se los considere de menor importancia en ella, pero sin duda conviene examinarlos con criterios más estrictamente teóricos de índole estética e incluso metafísica. Para el buen crítico nunca fue posible diferenciar absolutamente ni géneros literarios ni disciplinas humanísticas, pero ello no desautoriza la voluntad de referenciar teóricamente la *Crítica*, pues en tal voluntad es donde el examen y valoración de una obra suelen encontrar el auténtico significado histórico de esta e incluso la actualidad de su eficacia moral y política. Justamente es lo que hace el libro de Pedro Cerezo, quien prefiere por ello referirse a Menéndez Pelayo con el calificativo más elogioso de *humanista*, antes que con el pretendidamente aséptico, manido, condescendiente y a la postre mostrenco, de *polígrafo*.

Aunque cada uno de los capítulos del libro tiene un planteamiento propio que demanda una atenta lectura y ponderación particular, para una reflexión sobre la hermenéutica que rige en su conjunto, bastará con destacar algunas características comunes que ameritan en mucho su valor:

1

La obra de pelayana es leída e interpretada por Pedro Cerezo desde un marco histórico que se hace explícito: La Constitución de 1978 y la integración de España en la Unión Europea. Con ello no sólo se declara un estado de conciencia circunstancial y subjetivo, sino que se induce al lector a leer la obra de Menéndez Pelayo con una perspectiva concreta y vigente aún, que resulta decisiva para ponderar sin desmesura la ejemplaridad de esa obra, así como para objetar con pertinencia los contenidos y juicios vertidos en ella que se consideran periclitados o erróneos. Para el análisis fenomenológico que subyace en el libro, esa explicitación de la circunstancia desde la que se lee a Menéndez Pelayo es importante, pues haciéndolo, a la vez que se soslayan (se ponen entre paréntesis) aquellos *pre-juicios* heredados que, por

inactuales y abstractos dificultarían en mucho el acceso independiente a la obra pelayana, se tiene en cuenta el ineludible *pre-juicio* de existencialidad que siempre sostiene al comentarista, es decir se toma conciencia del aquí y ahora, del suelo (*topós*) político, moral e incluso epistemológico, en el que se sustenta todo propósito de llegar a conocer un fenómeno. Sin duda con tal distancia preventiva (*epoché*) se le está invitando al lector del libro a proceder de modo semejante y a convertir su lectura de Menéndez Pelayo en un ejercicio de vitalidad intelectual (*praxis*), capaz de alumbrar una conciencia histórica distinta de lo que Nietzsche calificaba como *egiptismo* o disquisición vacua y culterana sobre momias intelectuales de cualquier tipo.

2

Según esto, para Pedro Cerezo la obra pelayana no debe ser valorada desde la in-actualidad del *Nacionalcatolicismo*, una momia particularmente muerta, cuya formulación pedagógica y propagandística siempre fue simplista. En la alternativa que propone, reconocerá el lector avisado, un eco del particular y potente universalismo de la cultura española, hispánica más exactamente, es decir esa otra *catolicidad* que subyace como una constante en sus expresiones literarias o artísticas e incluso en la dialéctica interna (*intus*) de sus vicisitudes religiosas y políticas: perenne mestizaje, hibridación con la heterodoxia, búsqueda de fórmulas iusnaturalistas de civilización y gobernanza, com-pasión con el *pathos* individual tanto en la adhesión como en la crítica, recurso a la *praxis estética* para expresar la abstracción intelectual y el misticismo, tendencia estoica al *saber vivir* (tanto en el sufrimiento como en el gozo, en silencio como en la vehemencia, en el ascetismo como en el *horror vacui*), prioridad de lo útil y necesario en el cultivo de la ciencia y de la técnica, constante e irresuelta subversión mutua del realismo y el idealismo... etc. No es que las consideraciones de Pedro Cerezo sobre la obra pelayana se ocupen expresamente de estas querencias habituales en el pensar hispánico, pero a quien esto escribe le parece que se hacen desde una disposición del juicio coincidente con ellas, concordante con el tipo de validez universal que buscan y expresan... Algo que, en lo permanente más que en lo episódico, rige también en la *catolicidad* de Menéndez Pelayo.

3

El acercamiento de Pedro Cerezo a los temas pelagianos que examina en su libro es diacrónico más que cronológico, es decir muestra una evolución intelectual de Menéndez Pelayo imposible de eludir por quien se asome a ellos con honestidad. Lo hace aportando referencias o testimonios que dan cuenta suficiente de tal evolución, sin que para comprender su alcance el lector necesite, ni el estudioso eche de menos, una cronología exhaustiva o detallada de los momentos en que se cifra. Lo que de ella se recoge y se

muestra en el libro, basta para justificar que en su título se aluda a las *muchas almas de D. Marcelino*.

Sin embargo, en esa pluralidad de almas y su diacronía se advierten también algunas constantes: un mismo rigor procedimental, un estilo literario ameno, una recurrencia admirativa al clasicismo renacentista, una vinculación indeclinable a la cultura católica, una independencia de criterio y valentía personal fuera de toda duda...etc. Tal conjunto de elementos evolutivos y de constantes, también de coherencia y contradicción, de actualidad e inactualidad, expresaría una dialéctica viva en la obra pelayana cuyo despliegue dificultó en mucho a su autor sujetarse a doctrinas, tanto a las tradicionales de las que partía y le costaba despegarse, como a las modernas que iba descubriendo paulatinamente con buen ojo y creciente respeto. Transitar por la obra pelayana sin tener en cuenta su dialéctica interna es lo que ha impedido al doctrinarismo ideológico de muchos de sus lectores, tanto panegiristas como críticos, comprenderla en todo su alcance. Por el contrario, tomar en consideración aquella dialéctica es, justamente, lo que debe impedir al lector actual encasillar la obra pelayana en juicios absolutos. Quien se acerque a Menéndez Pelayo distanciándose de tales juicios, comprenderá perfectamente los elogios que le dedicaron autores liberales y republicanos como Clarín o Luis Araquistáin. Tales elogios se sustentaron tanto en la utilidad objetiva de la obra pelayana como instrumento cultural y educativo de transformación sociopolítica, como en el explícito y consciente rigor intelectual que a modo de voluntad de estilo y regeneración prevalece en esa obra. Por lo mismo la sinceridad de los elogios mencionados parece mayor que la de aquellos otros con los que Lukács o el propio Lenin alabaron la obra del legitimista Balzac prefiriéndola a la del republicano Zola, en su conocida teoría del arte como reflejo de la realidad (*Widerspiegelung*).

4

Del libro de Pedro Cerezo se deduce que, para cualquier estudio serio de la cultura española, en especial de su tradición filosófica, la obra de Menéndez Pelayo es ineludible, pues muestra mejor que muchos de cuantos le han seguido después, incluso sin reconocerlo, la ejemplar y larga búsqueda de un criticismo auténticamente moderno en el ámbito hispánico. En semejante búsqueda, considera Pedro Cerezo que la obra de Menéndez Pelayo es ecléctica más que sincrética:

No es una filosofía, la que nos ha dejado propiamente Menéndez Pelayo, sino una actitud y un estilo mental, que fueron depurándose y madurando con los años... como ya señaló Adolfo Bonilla en la primera semblanza de la persona y la obra de D. Marcelino “la tendencia sincrética y armónica que él echaba de ver en la especulación filosófica hispana, caracterizaba también la suya “. No obstante, él sabía distinguir entre el sincretismo que se reduce a la mera yuxtaposición de posturas discordantes, dejándolas convivir juntas y el eclecticismo que se

caracteriza por su amplitud de horizontes. El ecléctico es fundamentalmente un antidogmático; se esfuerza en perseguir todas las razones que hay en juego, tener en cuenta los distintos puntos de vista con sus diversas perspectivas e intentar armonizarlas en la medida de lo posible. Y es que el verdadero ecléctico no lo es por defecto de sistema, sino por exceso de voluntad de integración. Es ecléctico quien no sigue el espíritu de sistema, como obra ya fraguada, porque se atreve a pensar por sí mismo... (pp.58-59)

Aunque contra tal punto de vista se pueda objetar más de una excepción, en términos generales es aceptable y convincente. Y lo es porque, al igual que ocurre con el devenir de la cultura española y su peripecia religiosa, el eclecticismo de Menéndez Pelayo, a pesar de las contradicciones (oposiciones) a las que da lugar, continúa manteniendo hasta hoy el reconocimiento de su valor como producto (*poiesis*) intelectual por solventes historiadores y críticos de la cultura. Lo es también porque ese eclecticismo pelagiano, incluso con sus condicionamientos decimonónicos y su rechazo casi genético del nihilismo finisecular que fue contemporáneo suyo, se corresponde con un propósito existencial de *salvación histórica*, de regeneración de la vida y la libertad. Este propósito, que Para Menéndez Pelayo todavía subsiste en la cultura cristiana, es difícilmente compaginable con el pesimismo de los discursos resignados a una totalidad mecánica o sistemática, en especial si su destino es la nada. Pedro Cerezo deja bien claro que no le resultó fácil a Menéndez Pelayo navegar con semejante derrotero intelectual, sino más bien trágico, pero que lo hizo desarrollando en ello un alma cada vez más tolerante:

La tolerancia de Menéndez Pelayo ya en plena madurez, no era mera cortesía ni mero "modus vivendi", sino una conquista moral contra sí mismo, contra el aguerrido polemista de otro tiempo, y también, una reivindicación de su libertad intelectual. Obviamente, no supone un cambio de creencias, pero sí un cambio de actitud con respecto a las creencias de los demás. (pg.373)

Aprendiendo de este ejemplo, tanto las contradicciones de la cultura española como las de obra pelayana deberían ser asumidas hoy con actitud ilustrada y voluntad pedagógica, como momentos de dialéctica y no como excusas para perderse en polémicas entre banderías de corto alcance, necesariamente doctrinarias y a menudo bizantinas. Por eso mismo también, puede deducir el lector que, hogaño, las disposiciones y programas oficiales de educación y cultura no deberían minusvalorar o ignorar la obra de Menéndez Pelayo.

5

Particularmente significativa en la comprensión dialéctica de Menéndez Pelayo sería la atracción que ejerció en la madurez de su obra la formalidad lógica y teleológica del Idealismo alemán, a cuya estética, de algún modo y en algún momento, trató de adecuar su crítica histórica y literaria: El

pensamiento de Kant o de Hegel y más aún el de Heine no podían ser *nieblas del Norte* puesto que, como el propio Menéndez Pelayo, partían de la universalidad del mundo clásico y aspiraban a comprender su destino (*télos*). El amplio espectro de esa universalidad, llena de variantes, modulaciones y mixturas (helénica, helenística, latina, agustiniana, renacentista..., etc.), así como el sesgo romántico que en el siglo XIX acabó teniendo el aspirar a ella, propicia y legítima las diversas maneras de heredar el clasicismo. La disciplinada sistematicidad, con la que lo hizo el pensamiento germánico y su modo luterano de estar en el mundo, fue valorada en mucho por Menéndez Pelayo, pero las expresiones mediterráneas, sobre todo la católica, de asumir la universalidad nunca dejaron de prevalecer en él, tanto por ser la huella antropológica de la Tradición que lo engendró, como por ser el resultado del exhaustivo recorrido histórico y cultural al que procedió con sus escritos.

Un exponente destacado de cuanto se acaba de afirmar sobre la evolución del pensamiento pelagiano, es su preferencia del Vivismo sobre la Escolástica y los diversos Idealismos y voluntarismos que siguieron a la Ilustración. El libro de Pedro Cerezo se refiere en varios momentos y bajo diferentes aspectos a tal preferencia, pero en general da la impresión de que con ella Menéndez Pelayo abortó una evolución de su pensamiento estético, no consumando el momento dialéctico de superación (*Aufhebung*) que hubiera llevado su examen de la historia y la cultura a la modernidad del idealismo alemán. Tal inacabamiento, en el que el influjo de la Escuela catalana del sentido común y sobre todo de Milá y Fontanals no fue menor, responde sin duda a una praxis filosófica intensa y ejemplar que no está exenta de tensión y dramatismo, sobre todo cuando el último Menéndez Pelayo debe encarar un Nihilismo finisecular para el que no está predispuesto. Ya se ha dicho que ese derrotero filosófico no le fue cómodo a Menéndez Pelayo, lo que permite sospechar que la no conclusión de los elementos teoréticos que hubieran vertebrado la obra pelayana a modo de completa arquitectónica intelectual (una Metafísica, una Filosofía de la historia y sobre todo una Teoría estética sistemática de construcción propia), se debió no sólo a circunstancias biográficas de su autor que lo impidieron, sino también a la irresuelta tensión dialéctica interna de dicha obra:

Obviamente no se trata de una conversión intelectual, pues Menéndez Pelayo permaneció fiel a los supuestos metafísico/religiosos de una filosofía humanista cristiana al estilo Luis Vives pero filtrada, no ya sólo por la cultura del Renacimiento, sino por todo el continente de la filosofía moderna... Comprender no equivale a justificar, pero sí obliga a asimilar todos los hallazgos que una vez ponderados, como ocurre en su lectura de Kant, merezcan ser “recibidos e incorporados en todo cuerpo de doctrina estética, digno de ese nombre, como hizo nuestro Milá y Fontanals”... Por Estética entiende Menéndez Pelayo fundamentalmente una “metafísica de lo bello” o “metafísica estética” al estilo clásico, pero completada con una filosofía del arte, pues “en el fondo del hecho artístico” hay una “idea estética” ... Y de ahí que entienda la Estética como una investigación de cánones o

criterios normativos, “a lo menos para mí, que tengo todavía la debilidad de la creer en la Metafísica”. Pero, a la vez, no olvida, como crítico literario, que el genio creador traspasa las reglas. No basta sólo la belleza ontológica, sino también la belleza de la naturaleza y el arte, muy especialmente en este último como yunque de creatividad... (pp. 286-87)

El lector bien pertrechado de conocimientos filosóficos advertirá también en el libro de Pedro Cerezo una constante y no siempre fácil resistencia a la univocidad de los tópicos heredados: Tanto el tono general del libro como sus tesis más arraigadas buscan eludir la identificación exclusiva del conjunto de la obra de Menéndez Pelayo con sus momentos anteriores a 1883-84, como es frecuente entre los comentaristas que escriben *de oídas*, y por eso Pedro Cerezo se ve obligado a precisar rápidamente el alcance exacto de sus juicios, cuando de algún pasaje del libro pudiera deducir el lector que se está dejando arrastrar inconscientemente por el tópico.

6

Un elemento relevante del libro es el paralelismo que se establece entre la evolución de la obra pelayana y el proceso de génesis intelectual, política e incluso religiosa del liberalismo español. Y esto no sólo por las referencias históricas y documentales que se muestran del progresivo y decidido acercamiento que tuvo Menéndez Pelayo desde el conservadurismo al pensamiento liberal, sino también porque con ello se está sugiriendo la utilidad que tal acercamiento tiene para inspirar el presente, para fortalecer una actitud ilustrada en la vida española que hoy se estima vigente y necesaria. La evolución que tuvo Menéndez Pelayo se inscribiría en los mejores momentos de *La Restauración* auspiciada por Cánovas y justificaría plenamente el recíproco acercamiento a su obra que tuvieron personalidades destacadas del liberalismo y del republicanismo e incluso la alta consideración personal que acabaron teniendo no pocos de sus adversarios institucionistas y krausopositivistas.

En todo caso el libro de Pedro Cerezo, además de proporcionarle al lector actual una exégesis sabia, por documentada y por justa, de Menéndez Pelayo, sirve para educarle en una conciencia ciudadana acorde con la axiología cultural y política que se instauró en España a partir de 1978. Sirve también para comprender adecuadamente algunos de los resortes de universalidad y modernidad que existen, aunque muchos los desconozcan, en el modo hispánico de estar en el mundo: El acercamiento a *las muchas almas de Marcelino Menéndez Pelayo*, coadyuva eficazmente en la compleja pero necesaria y siempre inacabada construcción de lo español, en lo que ello tiene de vivencia, de sentimiento y de concepto. En cada una de estas tres variantes la marca España necesita ser dialéctica, es decir crítica, y en las tres habrá de buscar su universalidad, es decir no ignorar ninguno de sus fragmentos.

Ramón Emilio Mandado Gutiérrez
Sociedad Cántabra de Historiadores de la Filosofía Española